

INDEPENDENCIA LITERARIA: UNA CARRERA CONTRA LA FINITUD

ALEJANDRO LÓPEZ CORREA

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS
PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA
BOGOTÁ
2016

INDEPENDENCIA LITERARIA: UNA CARRERA CONTRA LA FINITUD

ALEJANDRO LÓPEZ CORREA

Trabajo de tesis para el título de periodista

Asesora

Laila Abu Shihab

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS
PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA
BOGOTÁ
2016

Para Rubén y para Fulvia,
También para Doña Leda y para Laila.

Independencia literaria: una carrera contra la finitud

i

Es 1981 y Tundama Ortiz, escritor bogotano, reside en Moscú. Le envía una carta a su madre: “La nieve cae pero resisto. Te quiero”. Tres años después se suicida tras inyectarse una sobredosis de morfina y su obra, en ruso, permanece en los cajones hasta 2009. Ese año, Carlos Valderrama, amigo de Tundama, le propone a Sonia Rodríguez y a Andrés Conrado, encargados de la editorial Chiquitico.org, que se embarquen en su primer proyecto editorial: la traducción y edición de un libro de minicuentos de Ortiz.

Después de agotarse los 300 ejemplares que sacaron, Chiquitico puso a disposición el libro de Tundama para su descarga gratuita en la página de la editorial, que surgió en 2009, cuando Sonia y Andrés llegaron de un viaje revelador por Latinoamérica. Entre otras cosas, se les ocurrió publicar ‘Latinoamérica’, un libro que todavía no existe sobre las expresiones de amor en el continente.

Además, inspirados por su paso por Argentina, donde se sorprendieron por la infinidad de casas editoriales que había, decidieron abrir su propia editorial, que se llama así, Chiquitico, porque ahí reside su fortaleza. Andrés y Sonia, que están juntos hace más de 10 años, creen en las cosas chiquitas, que, según ellos, “también son importantes y valiosas”.



Sonia Rodríguez. Foto: Santiago Mesa

El texto de minicuentos de Tundama es fundamental para Chiquitico porque, además de haber sido su primera publicación, reafirman la propuesta editorial de la pareja. Cito uno de los relatos, que se titula Doncella: “Al amanecer, la muñeca inflable de un joven solitario yace arrugada, sin aire, sobre la cama de sábanas azules. El insaciable Drácula volvió a equivocarse”.

Édgar Blanco es librero de La Madriguera del Conejo desde su fundación en 2011. Para él, la palabra independencia no ha sido más que un rótulo para agremiar a un grupo de editoriales y librerías en Bogotá que no están influenciadas por nada y que, con las uñas, han intentado abrir el panorama literario de la ciudad desde hace poco más de 10 años.

Algunos podrían pensar que la oleada de proyectos independientes surgidos durante este siglo se debe a la caída de las líneas de ficción y no ficción de la Editorial Norma, en 2011. De hecho, al comenzar la investigación para este reportaje, quería evidenciar cómo la industria editorial en Bogotá había cambiado a raíz del cierre de Norma. Pero lo que más ha motivado a esos editores es la simplificación de la técnica para hacer un libro y las ganas de montar un proyecto propio que responda a sus gustos.

Para Sonia y Andrés, la edición independiente dista mucho de la propuesta que, según ellos, debería llamarse edición emergente. Aseguran que “si de independencia se trata, las grandes editoriales son mucho más independientes en términos económicos”. La independencia, desde esa perspectiva, reside en la autonomía para promover contenidos.

Algunas de las editoriales independientes se agarran de cuanta convocatoria y estímulo encuentran, pero esto, para Andrés, ya es dejar de ser independiente: “Si tú aplicas a una convocatoria del Ministerio de Cultura ya dejas de ser independiente porque trabajas para el Estado y debes contar con unos requisitos mínimos”.

Según el informe más reciente de la Cámara Colombiana del Libro, en 2014 se produjeron 16.030 títulos en nuestro país y se imprimieron 23'836.729 ejemplares. El informe tiene datos de 171 empresas editoriales, incluyendo editoriales nacionales, editoriales con filial extranjera y distribuidores nacionales. Entre esas 171 empresas se incluyen tanto las que están afiliadas a la Cámara del Libro como las que no.

La dificultad de la información reside en que no aclara de qué empresas provienen las cifras. Además, tampoco se hace una distinción entre los ejemplares publicados en el sector independiente (si es que este es reconocido como tal por la Cámara del Libro) y los publicados en los grandes sellos editoriales con filial en Colombia (como Planeta y Penguin Random House).

De manera escueta y como para lavarse las manos, la Cámara establece seis “principales líneas temáticas”: educación, literatura infantil, literatura y retórica, ciencias sociales,

derecho y una última, muy ambigua: “demás líneas temáticas”, que agrupa el mayor número de ISBN (International Standard Book Number, es decir el identificador, la “cédula” del libro) registrados durante 2014: 12.836, equivalentes al 80%.

Del 20% restante, el 4,8% le corresponde a educación (764 títulos), 4,2% a literatura infantil (671 títulos), 4,1% a literatura y retórica (663 títulos), 3,5% a ciencias sociales (553 títulos) y 3,4% a derecho (543 títulos). Aunque se imprimieron casi 24 millones de ejemplares, se vendieron 27'481.385. Junto con esos, se vendieron 5'454.789 ejemplares importados para un total de 32'936.174 de libros vendidos durante 2014 en Colombia.

En 2014 Argentina publicó 28.010 títulos (casi el doble que en nuestro país) y se imprimieron 128'929.260 ejemplares (poco más de cinco veces los publicados en Colombia), mientras que en España se registraron 90.802 ISBN (más de cinco veces de la producción colombiana).

ii

Alejandro Martín es un apasionado de la historieta y se encarga de la Editorial Robot, que publica cómic y libros infantiles. Para él, la diferencia entre una independiente y una “normal” es el tamaño: “Una independiente sueña con crecer. Son editoriales chiquitas, de amigos, de gente que quiere publicar los libros que le gusta. No tiene la cantidad de compromisos que ya tiene una editorial normal al tener todo un aparato de mercadeo”.

Son idénticas ambas, independientes y “normales”, en que surgen del gusto por sacar libros. Dentro de esa ola de emergentes han surgido proyectos muy distintos a partir del espíritu de sus editores. Robot nace de fans de los cómics que quieren publicar cómic. “Hemos publicado un par de libros de cómic pero también libros de ilustración para niños. Hasta hace poco estos títulos en Colombia no se habían publicado. Esto es un mal negocio, solo se arriesga alguien apasionado”, comenta Martín.



Librería Wilborada. Foto: Santiago Mesa

A la par de Robot, sellos como Laguna Libros, La Silueta y Rey+Naranja también han publicado novela gráfica. Jardín Publicaciones, proyecto hermano de Robot, ha incursionado en el libro de artista o libro conceptual, “extraño para el mercado normal pero con mucha recepción, la gente en la Feria del Libro para y siente curiosidad”, afirma Alejandro.

Para Martín, el mundo digital le abre otros mercados al libro, pero también es provechoso para el impreso porque la gente vuelve a fijar la atención en el objeto libro. ¿Qué hace diferente a un objeto libro del contenido digital?: “El libro como regalo, como recuerdo, como algo que tiene una calidad táctil muy fuerte. Como lo que hace Destiempo, libros chiquitos y acogedores, o Jardín y La Silueta, que sacan libros con hojas de otros colores, de cartón, con encuadernados especiales”.

“Nosotros, por ejemplo, publicamos *La distancia entre extraños* (un relato gráfico acerca de la contradictoria soledad generada por las multitudes de las ciudades modernas) en un papel similar a la ternura del libro. Entonces el objeto pasa a importar mucho. Si ese mismo título fuera un pdf o un epub de pronto no tendría mucho sentido. Como regalo o como compañía el libro es otra cosa”, agrega.

Contrario a lo que sugiere Martín, no es cierto que en Colombia no se hubiera publicado cómic. Entre 1930 y 1960, publicaciones como ‘Mojicón’ (1924) de Adolfo Samper, las revistas infantiles ‘Chanchito’ (1933), ‘Rin Rin’ (1936), ‘Michín’ (1945) y ‘Pombo’ (1948), y ‘Las Aventuras de Don Amacise’ (1952), también de Samper, fueron intentos incipientes de promover la historieta.

A partir de ese momento, la revista de historietas Policía en acción de la Policía Nacional, Juan Paradoja, que se publicaba en El Tiempo, la sección de historietas dominicales de El Espectador y la Revista LarVa (que desde 2006 ha promovido la historieta y la ilustración) han sido algunos de los hitos del cómic en el país.

Sin embargo, lo cierto es que el cómic y la novela gráfica han sido publicaciones rezagadas en Colombia. La llamada Ley del Libro (Ley 23 de 1993) incluyó al cómic en la misma categoría que los horóscopos, las publicaciones pornográficas y los juegos de azar.

Por consiguiente, su producción e importación costaba 30% más que la de cualquier otro material impreso hasta marzo de 2013, fecha en la que la Corte Constitucional emitió un fallo que le dio al cómic los beneficios tributarios del resto de la producción literaria.

Por todo lo anterior es valioso que algunas de las editoriales independientes colombianas de este siglo le apuesten a un género al que, durante la historia, además de algunos chispazos, no se le ha apostado en serio. La Silueta Ediciones, por ejemplo,

publicó *Virus tropical* (2013), una trilogía de Paola Gaviria (Powerpaola) acerca de la complejidad de la vida familiar de una autora nacida en los años 70 y criada entre mujeres.

Los once (Laguna Libros, 2014) es un intento por contar la tragedia del Palacio de Justicia de forma creativa. Es una novela gráfica que narra la historia de una nieta y su abuela que esperan la llegada del hijo a casa mientras que en el Palacio los militares libran la batalla contra el M19. Al día siguiente, los bogotanos, a través de los medios de comunicación, esperan que se notifique el cese al fuego, y abuela y nieta continúan aguardando la llegada de su ser querido.

Mientras que unos incursionan en el cómic, lo cual resulta de cierta forma novedoso, otros rescatan géneros rezagados. La misma editorial, Laguna Libros, recopiló una colección de títulos de ciencia ficción colombianos escritos entre finales de 1920 y mediados de 1930: *Viajes interplanetarios en zepelines* (Manuel Francisco Sliger Vergara), *Barranquilla 2132* (José Antonio Lizarazo) y *Una aventura triste de 14 sabios* (José Félix Fuenmayor).

Estos libros tienen un componente en común con *Memoria por correspondencia* (Emma Reyes), *Ximénez* (Andrés Ospina) o *Tú que deliras* (Andrés Arias), agrupados en la colección Laguna Documental. “París tiene su calle en honor a Balzac, a Zola y a Baudelaire. Los libros que editamos tienen un componente de memoria muy fuerte y quisiéramos que fueran referentes sobre Colombia y Latinoamérica”, comenta Felipe González, editor y fundador de Laguna Libros.

Felipe reconoce que al principio, para que fuera rentable, el sello prestaba servicios editoriales a la fundación Gilberto Alzate Avendaño y a la Universidad de Los Andes. Más adelante, cuando los libros tuvieron un éxito considerable, dejaron de prestar esos servicios y se embarcaron de lleno en la edición de proyectos que les apasionan.

En este momento, 11 años después de fundada, la misma situación la atraviesa el Taller de Edición Rocca, cuya cabeza es el editor Luis Daniel Rocca. El sello sigue prestando servicios editoriales, que dejan las ganancias suficientes para hacer los libros que Rocca y su equipo quieren. Aunque los libros que venden por pasión generalmente no les dejan ganancias, sí queda una satisfacción moral muy grande al tener la oportunidad de poner a circular libros con una calidad y cualidad literaria significativas.

“La memoria, la ficción como ejercicio de memoria y la identidad urbana son fundamentales para Laguna Libros. Tenemos novelas sobre Bogotá, Barranquilla y Montevideo”, agrega Felipe. Aunque la locación no es necesariamente lo central en estos textos, es claro que hay una línea que pretende hacer referencia a la identidad de esas ciudades.

Para Felipe, la prensa y el sector editorial son filtros de la historia. La primera filtra sucesos coyunturales todo el tiempo y el segundo, sin el mismo afán, registra las obras literarias. “De eso se trata Laguna. Por eso hemos sido un laboratorio editorial”, precisa. Por eso es que experimentan con el cómic, pero también le dan cabida a la ciencia ficción y pretenden convertirse en un referente de identidad urbana y de memoria: “Se trata de construir memorias futuras y recuperar memorias pasadas”, concluye.

iii

Dice Valerie Miles, la editora de la revista *Granta* en español, que aquí la industria editorial comenzó en la independencia. “Al principio eran imprentas que publicaban libros. Luego surgieron los editores y después, durante el Siglo XX, los grupos editoriales se aglutinan a través de los conglomerados mediáticos, que quieren controlar la información y comienzan a incorporar a las editoriales”.

La edición, que había sido muy artesanal en Europa, comienza a cobrar importancia después de la Segunda Guerra Mundial. Durante la posguerra surge una industria editorial: hay recursos y hay un público interesado en leer. Eso no ocurre en Latinoamérica sino hasta 20 años después. Para Miles, el Boom Latinoamericano es el momento en que hay un público capaz de leer y crear a sus autores.

Es el momento, también, en que “entran los hombres de traje al negocio. Son financieros que no entienden el azar del mundo editorial, que pretenden replicar fórmulas de bestsellers. Sin embargo, no se percatan de que la figura del editor de cabecera es irremplazable”. Para Miles esa figura sería Jorge Herralde, la cabeza de Anagrama, que lee, conoce a sus autores y tiene un criterio marcado para forjar un catálogo importante.

En Colombia fueron los librereros quienes incursionaron en el mundo editorial entre finales del Siglo XIX y comienzos del XX. Luego llegaron los editores y, más recientemente, los distribuidores, un canal entre los editores y librereros. Estos últimos se verían afectados por los mismos distribuidores.

iv

La línea editorial de Chiquitico carece de rigor y eso, extrañamente, genera una directriz editorial. En palabras de Conrado, encargado del diseño y encuadernación de los libros, “hacemos lo que se nos da la gana”. Su catálogo se compone de poesía, cuentos, ensayo y cómic. Adoptaron una estrategia que reduce significativamente los costos de producción: publicar textos cuyos derechos hacen parte del dominio público.

Cosas que no te dicen (pero deberían) es un cómic de animales humanizados con consejos prácticos para la vida. Andrés contactó a Winston Rowntree, el ilustrador, quien autorizó a Chiquitico sacar un tiraje de 100 ejemplares del cómic de forma gratuita. Otros textos publicados bajo el mismo criterio han sido *Del deber de la*

desobediencia civil, de Henry David Thoreau, y *La abolición del trabajo*, de Bob Black, un autor vigente, autodenominado anarquista, quien donó su trabajo al dominio público.

El único libro extenso que publicó la editorial fue *Minicuentos* de Tundama, que no pasaba las 90 páginas. Luego, Chiquitico se convirtió en un proyecto de pequeños tirajes. Utilizando hoja de caña de distintos colores (verde, morado, amarillo, rojo), Chiquitico comenzó a imprimir tirajes de 30 o 40 ejemplares, en pequeños y medianos tamaños, que cuestan 5 y 10 mil pesos respectivamente (el libro mediano es de unos 20 centímetros de alto por 10 de ancho y el pequeño es de 10 de alto por 6 de ancho).

Otros títulos son *Tekné*, “un relato de ciencia ficción”, de 32 páginas. *Desintoxícate. Hazlo tú mismo*, un manual de desintoxicación para drogadictos de Peter McDermott, también de 32 páginas. *Basmala. Cuentos sufíes y árabes*, de 28 páginas. Además de *Minicuentos* de Tundama, *Del deber de la desobediencia civil*, el clásico de las facultades de filosofía, de 48 páginas, es el libro más extenso. Sin embargo la tendencia es hoy imprimir libros cortos y tirajes pequeños.



Libros de Chiquitico en la librería La Valija de Fuego. Foto: Santiago Mesa

Sus libros, dice Andrés, se parecen más a lanzamientos de ediciones de software que de ediciones de libros: versión .1, .2, .3, porque al publicar tirajes tan ínfimos las ediciones son constantes. Se han dado el lujo de cambiar títulos: *Vivir de a dos: reflexiones para casados, arrejuntados, y aberraciones similares* pasó a llamarse *Reflexiones para casados*,

arrajuntados, y aberraciones similares, lo que a los lectores les llamaba la atención del título.

¿Por qué colgaron el libro de Tundama en la web para su descarga gratuita? Responden, casi al unísono, que su pretensión no es hacerse millonarios. La editorial, cuentan sin reparos, no genera ganancias. Las ventas les alcanzan apenas para cubrir los gastos porque tienen una visión altruista del mundo editorial: publican porque les gusta editar textos. Prueba de ello es que difundir la obra de Tundama es un proyecto en sí mismo.

Son conscientes, sin embargo, de que podrían vivir de eso haciendo un préstamo e intentar convertirlo en negocio para no vivir tan al margen, pero no les importa esperar 10 años o más para que el proyecto sea algo rentable. Sonia, consciente de la realidad del país, asume con sorna que su editorial es su plan de jubilación.

Se han dado a conocer tocando puertas y por medio del voz a voz. Ellos mismos son su canal de distribución y han logrado avances significativos. Sus libros están en La valija de fuego, Galería Nívex, La Tienda Nada y en Libélula Libros, que tiene sucursal en Manizales y Armenia. Sus títulos se exhibían también en la librería Casa Tomada, que abrió en 2008 y se ha convertido en un punto de referencia de la cultura bogotana.

v

Durante 2008, Ana María Aragón, comunicadora social, interrumpe la Maestría en Literatura que cursa en la Universidad Javeriana. La razón: emprende un proyecto de librería independiente con su esposo Fabricio. La bautizan Casa Tomada, como se titula un cuento de Julio Cortázar sobre una relación de dos hermanos que se torna, por momentos, incestuosa. Viven en una casa espaciosa y antigua que unos extraños se toman de manera progresiva hasta que desplazan por completo a los dueños.

El sitio le rinde homenaje al relato: Laura Arango, exlibrera del lugar, asegura que los libros se fueron tomando la casa. No sabe cuántos hay. Ana María sí sabe: hay alrededor de 25 mil títulos distribuidos en unos 28 mil libros. La decisión de exhibir de a uno o dos ejemplares por título tiene que ver con el concepto de bibliodiversidad, que consiste en ofrecer el mayor número de casas editoriales, de autores y de títulos de esos autores en los estantes de la librería.

Casa Tomada es de ladrillo, antigua y vistosa, de tres pisos, con jardín y rodeada de árboles, ubicada en el barrio Palermo. Ana María se vanagloria, y no es para menos, de haber logrado convertir a la librería en un punto de referencia cultural en Bogotá. Eso ha sido posible gracias a la disciplina de programar eventos todas las semanas y cumplir el calendario al pie de la letra para que la gente se acostumbre a un lugar que constantemente organiza encuentros culturales.

Con 10 clubes de lectura, entre los que destacan el de ficción, vida salvaje, novela, poesía, literatura policial y cómic, un cineclub y espacios para escuchar música renacentista y barroca, la oferta cultural de Casa Tomada es amplia. También sirven café, cerveza y pasabocas, y aunque el servicio de cafetería es una ayuda, no representa más del 10% de los ingresos de la librería. Aunque Ana María ha recibido ofertas para abrir restaurante en su librería, su negocio son los libros, no la comida.

Sin embargo, Aragón también promueve la gastronomía. A mediados de diciembre del año pasado, 12 comensales se reunieron allí para disfrutar de un almuerzo literario: comieron carne de conejo, de res y un postre de alfajores. La carta de ese día, inspirada en *El gaucho insufrible*, un cuento de Roberto Bolaño, hace parte de los “menús en tres tiempos”: almuerzos basados en pasajes de cuentos y novelas. Durante el almuerzo hay una tertulia literaria sobre el libro en el que se inspiraron los platos.

Casa Tomada factura alrededor de 40 millones de pesos al mes, tiempo en el que vende, en promedio, 1.000 libros. Los meses muy buenos son de 1.500 libros vendidos, como ocurrió en mayo de 2015 y, a diferencia de lo que se puede pensar, en diciembre las ventas no se doblan sino que se mantienen estables.

El fuerte del catálogo es la ficción, pero también se nutre de ciencias sociales, cómic, libros ilustrados y de artista y, en menor medida, de Economía. No hay libros de autoayuda y los bestsellers ocupan un 10% de la oferta. Tampoco hay libros de Administración ni de Derecho, es decir, libros de divulgación científica, el fuerte de los catálogos de las editoriales universitarias.

vi

“Antes de las editoriales universitarias, en las universidades existían talleres de impresión. El concepto de editorial universitaria llega al país durante los 80 porque en ese momento se evidencia la necesidad de garantizar una intermediación entre el lector, el texto original y el autor”, dice Juan Felipe Córdoba, quien preside la editorial de la Universidad del Rosario y la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe (Eulac).

Las primeras editoriales universitarias que aparecieron en el país fueron las de la Universidad de Antioquia, los Andes, del Valle, la Nacional y la Javeriana. Con el propósito de volverse competitiva en ese aspecto, la Universidad del Rosario creó el fondo de publicaciones Francisco José de Caldas en 1998, que duró hasta 2007, cuando el volumen de producción que alcanzó la institución fue suficiente para ser reconocida en el ámbito local y nacional.

La editorial, afirma Córdoba, existe para difundir los saberes que imparte la universidad. Por eso es que el Derecho siempre ha sido una rama fundamental de la

misma. Al principio, el sello curaba textos de Artes Liberales y Filosofía. Después comienzan a aparecer títulos de Antropología, Historia, Sociología y Periodismo, a la par de escritos sobre Ciencia Política, Relaciones Internacionales, Administración, Economía y, por supuesto, Salud.

Alrededor de la mitad de los títulos de la editorial son de Derecho. “Pero esa brecha ha comenzado a disminuir. Ciencias Humanas destaca con el 20% de los títulos, el mismo porcentaje que le corresponde a los de Ciencia Política y Relaciones Internacionales”. La porción restante le corresponde a Economía, Salud y Administración. Para Córdoba, las editoriales universitarias son importantes porque socializan el saber. “Al ser la universidad un centro académico, publicar es parte de su función natural”.

De los 16.030 títulos producidos en Colombia en 2014, 2.985 fueron editados por universidades. Entre esos, hubo 168 títulos de Investigación, 146 de Educación, 143 de Ciencias sociales, 117 de Derecho, 55 de Derecho constitucional y administrativo y, de nuevo, 2.356 títulos, la mayoría (el 82%), pertenecen a esa ambigua categoría que estableció la Cámara del Libro: “demás líneas temáticas”.

En Argentina, durante 2014, las universidades editaron un 1903 títulos: el 6,8% de los 28.010, y distribuyeron 505.565 copias, que no alcanzan a ser ni el 1% de los 128'929.260 ejemplares impresos ese año. La edición universitaria en España produjo 5.114 títulos y no presenta cifras acerca del total de ejemplares distribuidos.

Dentro de esas “demás líneas temáticas” hay “libros legales, de superación, de temas universitarios y textos escolares, un montón de temas a los que no les hemos encontrado una clasificación específica”, aclara Enrique González, presidente ejecutivo de la Cámara del Libro. “Pero tenemos la inquietud y seguramente abriremos más categorías para clasificar mejor los libros”, agrega.

Enrique está consciente de la ambigüedad que representa la categoría: “es un costal donde metemos muchas cosas que están revueltas, no porque no tengan clasificación sino porque no nos interesaban, pero es algo que viene de atrás. En realidad estamos mezclando peras con manzanas”, reconoce.

El 55,5% de las obras universitarias se editó en Bogotá, el 14,8% en Medellín, 6,7% en Barranquilla, 4,7% en Cali, 2,2% en Bucaramanga y el 16,1% restante se distribuyó en otras ciudades colombianas. Se imprimieron 1.968 títulos (66%) y se digitalizaron 1.017, el 34% restante.

Entre los que se hallaban en digital, había 492 títulos disponibles en páginas web, 452 en E-book y 64 en Cd-rom. Los otros nueve aparecen en Usb y Dvd. Del total de obras editadas por universidades, se comercializaron 2.508 títulos mientras que los otros 477 se distribuyeron de manera gratuita.

Luis Enrique Izquierdo fue librero de la librería de la Universidad Javeriana, trabajó en la editorial del Rosario y fundó la revista literaria La Perra. Para Luis, que también es escritor y filósofo, la importancia de las universitarias reside en que en ellas recayó la difusión del pensamiento político y sociológico colombiano, que en algún momento estuvo en manos de las extintas Tercer Mundo o Carlos Valencia Editores.

Aunque en el Rosario no hay pregrado de Literatura ni de Arte, la editorial publicó algunos títulos sobre arte y crítica literaria, logrados en coedición. Desde 1999, cuando era un taller de publicaciones, el sello asiste a la Feria Internacional del Libro en Bogotá. Desde 2007 está en la Feria de Guadalajara, la más importante del mundo en español. En 2013 comenzó a hacer presencia en la de Frankfurt, la feria del libro más importante del mundo.

“Asistiendo a ferias hemos podido hacer coediciones, como las que hacemos con la Universidad Veracruzana o la de Guadalajara. Alrededor del 25% de nuestros títulos se ha publicado en coediciones”, precisa Córdoba, quien, aunque satisfecho con la oferta editorial, quisiera que más adelante se publicaran “textos que no solo le retribuyeran a la academia sino a la sociedad, sobre conflicto armado y paramilitarismo, por ejemplo”.

“Por supuesto que las editoriales universitarias gozan de independencia”, dice Córdoba. “Hay unas políticas editoriales que dan los lineamientos de lo que se debe publicar, es decir, lo que la editorial considere que deba ser socializado”. Para promover esa independencia, la editorial del Rosario ha coeditado dos títulos con dos independientes: Luna Libros y Tragaluz.

Mitos o logos se publicó con Luna Libros. El texto, escrito por Carlos Gaviria, es un libro introductorio al pensamiento platónico. Con Tragaluz, editorial independiente de Medellín, se hizo *Gregorio Cuartas. Arte sacro 1964-2005*, un recorrido por la obra del pintor colombiano radicado en París.

La editorial le apostó al libro digital desde 2011. “Las cifras no son significativas pero la gente compra. Hay que estar en los dos soportes, es una obligación en este momento. La universidad está presente en Amazon para que los potenciales interesados que no puedan adquirir el libro en físico lo tengan en digital”, afirma Córdoba. “Si un estudiante quiere rentar un capítulo de un libro en vez de comprarlo completo también estamos en la obligación de ofrecerle ese servicio”, complementa.

vii

La publicación digital parece ser un terreno próspero para las independientes. En nuestro país, Lua Books, una editorial infantil, comenzó publicando solo en digital hasta que se vio tentada a pasar al impreso. Manuvo es una editorial digital y presta asesorías editoriales, aunque es una iniciativa colombomexicana. Por último, eLibros editorial se

ha mantenido en lo electrónico aunque Iván Correa, su director, confiesa que a veces siente el impulso de traicionar su propósito cuando un libro vende mucho.

eLibros nació en 2012 y su catálogo ya agrupa casi 100 títulos. La colección 800 está compuesta por obras clásicas de Colombia y Latinoamérica de finales del Siglo XIX y comienzos del XX. Sur es una compilación de contemporáneos que publican desde mediados del siglo pasado. Lang es la colección más incipiente, con apenas tres títulos traducidos al inglés. También hay una colección de interés general que pretende abarcar no solo literatura sino periodismo y medicina.

Es común que durante ferias del libro los padres se acerquen a Iván preguntándole cómo hacer para que sus hijos lean en Ipads y tabletas. Para no desaprovechar ese potencial nicho, eLibros incluyó en su catálogo obras de literatura infantil y juvenil. Los títulos que editan solo ellos corresponden al 50% del catálogo y el 50% restante son coediciones con El Peregrino, Laguna Libros y Luna Libros, de Bogotá, y Sílabas Editores, de Medellín.



Iván Correa, editor de e-Libros editorial. Foto: Santiago Mesa

Hasta la diagramación del libro, los costos de producción del digital son los mismos que del físico porque el trabajo es el mismo: corrección ortotipográfica y de estilo, diseño de carátulas e ilustraciones. Sin embargo, los costos del primero se reducen

significativamente porque diagramar un libro que no necesita imprimirse ni distribuirse es más barato.

Impulsores del éxito indiscutido de Laguna Libros (una de las independientes a la que mejor le ha ido), coeditan sus títulos. Mientras que un libro impreso de Laguna (por ejemplo *Ximénez*, de Andrés Ospina) cuesta casi 40 mil pesos, el digital cuesta 18 mil. Cuando eLibros coedita con las independientes, tanto los costos de producción como las utilidades se parten a la mitad con el socio.

Según el último informe de la Cámara del Libro, en 2014 se publicaron 3.711 libros digitales en el país. 176 corresponden a la línea de educación, 149 a investigación, 127 a literatura colombiana, 115 están en inglés y 105 corresponden a literatura infantil. Finalmente, 2.613 hacen parte de las demás líneas temáticas, para un total de 3.285.

No se sabe dónde están los otros 426. Esa imprecisión se replica en los otros años: en 2013 se registraron 3.933, pero las cuentas solo alcanzan para 3.302 títulos. En 2012 se publicaron 1.913, de los cuales hacen falta 260. Entre 2008 y 2011 las cuentas de la Cámara son precisas. Aunque su trabajo es valioso, la entidad tiene que ser más exacta respecto a la información que publica.

En 2014, el 18% de los títulos registrados en Argentina fueron en formato e-book, muy similar al 23% del total del registro colombiano. Mientras tanto, en España 20.263 títulos fueron digitales, es decir el 22%. A pesar de que nuestro país no registra tantos ISBN como España y Argentina, sí se evidencia que hay unas cifras muy parejas respecto a la edición digital.

En 2014, Bogotá registró el 80,4% de los títulos digitales, seguida de Medellín con el 5%. Después viene Barranquilla con el 3,3% y Cali con el 1,9%. Bucaramanga registró el 1,5%, mientras que otras ciudades del país registraron el 7,9% de los libros digitales en el país ese año.

El 44,4% de las publicaciones digitales de ese año fueron registradas por una empresa editorial (1.646), las universidades registraron el 27,4% (1.017). El 28,2% restante (1.043) de los títulos digitales les correspondieron a entidades públicas, fundaciones, personas naturales, oenegés y empresas privadas no editoriales.

A pesar de que ya es reconocida en Iberoamérica como una editorial digital importante, eLibros no ha podido consolidarse del todo porque la gente se resiste a hacer la transición a digital. “A pesar de que existen las herramientas la gente prefiere seguir leyendo en impreso, así lo electrónico valga menos”. Uno de los principales propósitos es ahorrar papel. Según Correa, “no hay un estudio al respecto, pero yo creo que el 95% de la gente que compra un libro físico lo lee una vez y no lo vuelve a tocar”.

Otro inconveniente que ha tenido la editorial es con la parte administrativa. La Ley del Libro en Colombia dice que toda editorial que publique libros tiene que hacer depósito legal de los mismos a la Biblioteca Nacional, a la Biblioteca del Congreso y a la Biblioteca de la Universidad Nacional. Ante la falta de iniciativas digitales, no existía un espacio para que estas cumplieran el requisito.

“El libro no es el papel sino la obra literaria, el contenido”, afirma molesto. El problema se sorteó a medias: Correa entregó un cd, que “a lo mejor está guardado en un cajón”. Aunque la reglamentación es ambigua, al menos ya existe un depósito voluntario para quien publique libros digitales.

En 2014, el Ministerio de Cultura se volvió un obstáculo para eLibros. Durante la edición de ese año del Premio Nacional de Novela, eLibros envió una novela inédita, *Voto de tinieblas*, de Rodrigo Parra Sandoval. Cuando lo recuerda, Iván todavía se llena de ira e impotencia. Le dijeron que no recibían novelas digitales. Aunque fue un asunto menor, para Correa “este es un problema que solo nace de la ignorancia” porque, de nuevo, “la novela no es el papel, es la obra literaria”.

María Orlanda Aristizabal, coordinadora del grupo de Literatura y Libro del Ministerio de Cultura, aclara el malentendido: según ella, ese año solo se recibieron novelas impresas porque el Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones y el Ministerio de Cultura reabrieron la convocatoria “Crea Digital 2014”.

El estímulo, creado en 2012, fue “un esfuerzo por incentivar la industria de contenidos digitales en Colombia en reconocimiento a las TIC como herramientas esenciales para la consolidación de nuevos procesos comunicativos y educativos, y el desarrollo de la cultura en una sociedad globalizada”, respondió María Orlanda. “Crea Digital” pretende ser una oferta complementaria a los estímulos físicos que apoye a los creadores en sus diversas formas creativas.

Resulta paradójico que *Voto de tinieblas*, un libro que solo se consigue en digital, esté ambientado en el Siglo XIX, en plena transición entre la colonia y la modernidad en Latinoamérica. La novela narra la historia de una monja que, enclaustrada en un convento, hace votos de silencio. Mientras, América Latina atraviesa un cambio brusquísimo y la protagonista, movida por la necesidad de saber qué pasa afuera en el mundo, escribe en su cuerpo símbolos de lo que cree que está pasando.

Además de *Voto de tinieblas*, eLibros publicó los nueve libros que componen la obra completa de Parra Sandoval. “Cuando el autor ve su libro en digital no se siente publicado. Uno cumple con enviarle el correo notificándole que el libro ya está listo y le envía el link para que lo comparta en redes sociales, pero para el autor es como si no estuviera listo”, declara Correa, afligido. “Hubo por ejemplo un autor que se mandó a hacer 100 ejemplares impresos porque no sentía que sus libros en realidad existieran.”

Hay otro contratiempo que, de sortearlo, se convertiría en un beneficio para el sello: la inexistencia de compras institucionales para libros digitales. Iván quiere que el gobierno incluya sus títulos en la iniciativa Tabletas para educar, que se desprende del programa Computadores para educar. Durante 2014, Tabletas para educar repartió 330 mil tabletas en todo el país. El inconveniente, dice Iván, es que esos dispositivos se entregan sin libros.



Voto de tinieblas, de Rodrigo Parra Sandoval, editado por e-Libros. Foto: Santiago Mesa

“Sería una oportunidad buenísima para esos muchachos que de pronto reciban una tableta con una biblioteca virtual de 50 o 100 libros”, relata entusiasmado. “Si el Gobierno negocia 200 mil ejemplares de un título impreso que valga 50 mil pesos cada ejemplar, saldría mucho más barato porque es al por mayor. Ahora, imagínese si no hay papel de por medio: podríamos negociar precios muy bajos para que el Gobierno entregue sus tabletas con biblioteca incorporada de 10, 20 o 50 títulos”, insiste.

viii

Casa Tomada no es una librería especializada pero su catálogo es sofisticado, no intenta abarcarlo todo. Aunque quiere seguir creciendo en esa misma dirección: colonizar los dos pisos restantes, triplicar su stock. Cuando le pregunto por un stock ideal, Ana María sonrío y se imagina “la biblioteca infinita de Borges”.

Con tantos títulos en sus estantes, es raro que en la librería se vendan 10 o 20 ejemplares de una misma novela o libro de cuentos. Sin embargo, ocurrió un milagro con dos textos que vendieron casi 150 ejemplares cada uno, ambos de autores colombianos: *Los ejércitos* y *Memoria por correspondencia*.

El primer título es una novela de Evelio Rosero, un escritor pastuso a quien su historia le valió el premio Tusquets Editores de Novela en 2007. *Los ejércitos* se tradujo a 12 idiomas y ganó el Independent Foreign Fiction Prize (2009) en Reino Unido y el ALOA Prize (2011) en Dinamarca.

En la obra se narra la complejidad del conflicto armado colombiano vista desde la óptica de Ismael, el protagonista, quien relata una masacre en un pueblo genérico del país. En últimas, no se sabe si la violencia proviene de paramilitares, guerrilleros o miembros de la fuerza pública.

Lo de *Memoria por correspondencia*, de Emma Reyes, es un milagro editorial, literalmente. A septiembre de 2015, el título había vendido poco más de 17 mil ejemplares entre el libro físico y el digital, de cuya edición se encarga eLibros. En cuanto al físico, ya Laguna Libros lo había editado cuatro veces y está pendiente de editarse por quinta vez.

El libro es un compendio de cartas en las que la pintora colombiana Emma Reyes narra las dificultades que atravesó durante su infancia. Al respecto, Ricardo Silva, escritor colombiano, pone esa cifra de 17 mil ejemplares en perspectiva y hace algunas estimaciones: que *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco, habrá vendido 150 mil copias y que *Satanás*, de Mario Mendoza, habrá vendido 70 mil.

Sobre *El ruido de las cosas al caer*, de Juan Gabriel Vásquez, que ganó el premio Alfaguara de Novela en 2011, Silva estima que seguro pasó los 30 mil ejemplares. Habla también de *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince el cual, pensaban los editores, sería un libro menor y se convirtió incluso en un documental. Habla de *La luz difícil*, de Tomás González, que es para Ricardo “una reflexión sencilla sobre la muerte, los hijos y los padres que toca profundamente y está escrito con brillantez y poesía”.

Cita *Lo que no tiene nombre*, sobre el suicidio del hijo de la poeta y novelista Piedad Bonnett, y encuentra un rasgo en común entre todos esos títulos y *Memoria por correspondencia*: “Son la realidad y lo involucran a uno de distintas formas. Es como si lo que dijeran todos estos autores, sea ficción o no, fuera verdad y lo otro no”. Son libros, concluye, “que no es que la gente lea mucho, sino que se convence que tiene que tenerlos”.

Adicionales a los casi 33 millones de libros vendidos en Colombia en 2014, se exportaron casi 5 millones de ejemplares al exterior, para un total de 37'879.200

muestras, equivalentes a \$618'431.039.541. Casi 351 billones menos que en 2013, cuando, según la Cámara del Libro, se vendieron más libros en los últimos años desde 2008: 38'146.052 ejemplares (incluyendo exportaciones).

En 2008 se vendieron poco más de 34 millones de ejemplares que representaron más de 540 billones de pesos. La cifra se mantuvo entre 530 y 596 billones hasta 2012. En 2013, con 618 billones y medio, las ventas encontraron su pico más alto. De esa plata, más de 564 billones de pesos corresponden a producciones en el mercado nacional y el resto a importaciones. Para el 2014, los ejemplares vendidos dentro del mercado colombiano recaudaron \$563'928.630.840.

Silva es un escritor respetado con una obra trazada que ya va por los 15 títulos. Está muy consciente de que en este país, cuya media de lectura por habitante no alcanza ni los dos libros por año, es una suerte vender 500 ejemplares de un título. Una de sus novelas más vendidas, *El libro de la envidia*, ha vendido 7 mil ejemplares.

Autogol, sobre el asesinato del futbolista Andrés Escobar, sobrepasa los 10 mil ejemplares, es decir, más de la mitad de los que ha vendido *Memoria por correspondencia*, que sin duda ha sido uno de los hitos de la literatura colombiana en los últimos años. Ricardo precisa que “en el mundo editorial siempre está presente el azar. Va a haber editores intentando replicar las fórmulas de los bestsellers, pero es imposible predecir cuál libro tendrá éxito y cuál no”.

ix

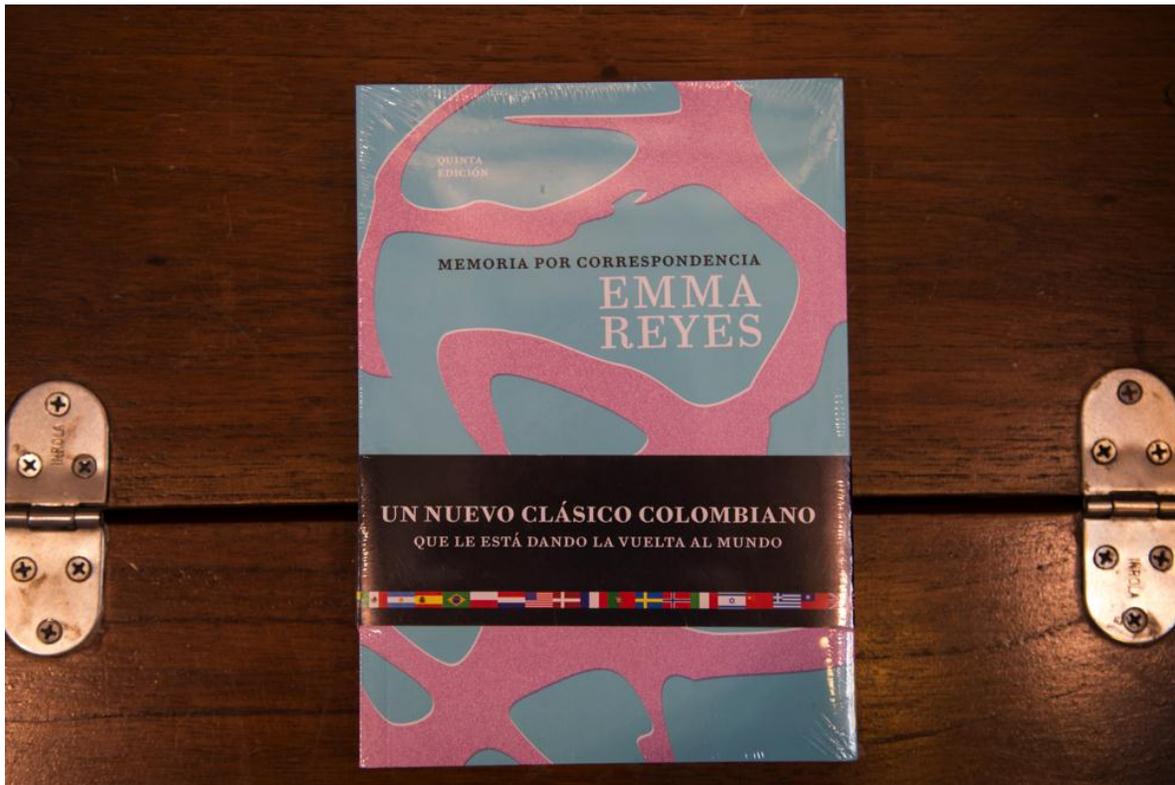
Nadie más consciente de lo anterior que Felipe González, quien se encontró con Emma Reyes casi por coincidencia. Camilo Otero, director de la Fundación de Arte Vivo Otero Herrera (Favoh), cuya familia había sido cercana a Emma en vida, comenzó a investigarla a profundidad. Encontró un archivo de 14 baúles y se remitió a la familia Arciniegas, que tenía el manuscrito.

Camilo le propuso el proyecto a Laguna. Publicaron el libro sin tener claro cómo iba a ser la difusión del producto. Durante los primeros meses de circulación, en 2012, se vendieron 500 ejemplares (alcanzando el umbral establecido por Ricardo Silva), un resultado que Felipe recibió con agrado. Seis meses después, cuando lo reseñaron en *El Espectador*, *Arcadia* y *Semana* se vendieron los 500 ejemplares restantes que quedaban de la primera edición, en dos semanas.

Dice Felipe que *Memoria por correspondencia* tiene vida propia. “Está en 17 países y se ha traducido a 15 lenguas. Está en México, España, Israel e Italia. Está próximo a salir en Estados Unidos, con la editorial Penguin Classics, y en Francia, con Fayard. En Suecia va a salir publicado con Nordest, una editorial fundada en 1832”.

El libro alcanzó también China, Taiwán, Noruega, Dinamarca, Brasil y Holanda. Todo ocurrió en menos de tres años. A pesar de la lentitud en las negociaciones, de que los contratos deban ir y volver, de que la traducción y publicación del título tome su tiempo, el ruido que ha generado el libro es indiscutible.

“Ha sido un efecto bola de nieve: Penguin no se habría interesado si no hubiera estado en otros países. En México salió en la editorial Almadía en noviembre de 2014. En España e Italia se publicó en marzo de 2015, con Libros del Asteroide y Sur, respectivamente”, agrega González. Sur fue la misma editorial que tradujo al italiano a Julio Cortázar y a Juan Villoro. Emma Reyes es la única mujer del catálogo.



Quinta edición de Memoria por correspondencia, de Emma Reyes, editado por Laguna Libros. Foto: Santiago Mesa

A pesar del éxito indiscutido de Laguna, no todo ha sido perfecto. Viéndolo en retrospectiva, Felipe agradece que su lugar de trabajo haya sido un laboratorio editorial: “Comenzamos de ceros, innovamos, experimentamos y ponemos en práctica lo que aprendemos.” Está tranquilo porque nunca ha traicionado su catálogo y porque tiene muy clara la diferencia entre fracaso comercial y editorial.

“Uno decide no publicar cosas por no verles el lado comercial. Lo grave es publicarlas pensando en que algo puede ser comercial así no le guste. Cuando eso pasa, es probable

que a los lectores tampoco. Se traiciona uno y se traiciona el catálogo”, concluye. Eso implica que se incurre en un fracaso editorial y, casi por consiguiente, en uno comercial.

No se arrepiente de haber publicado nada, aunque sí ha tenido varios fracasos comerciales. El más significativo es *Inolvidable Botero*, que constó de 50 textos de 40 autores diferentes sobre la obra de Fernando Botero. Críticas de profesionales y aficionados: Marta Traba, Edward Sullivan, Lucas Ospina, Belisario Betancur y Antonio Caballero, entre otros. “Era una crítica de la obra de Botero y una revisión de la historia de la crítica de la segunda mitad del Siglo XX. Un libro buenísimo”, concluye González.

El error fue querer juntar público especializado en crítica de arte y un público más grande de aficionados pensando en la importancia de Botero. El producto se quedó en la mitad y no intersectó a ningún público: al especializado no le interesó Botero y al aficionado no le interesó un libro sin imágenes. “Llegamos a una conclusión contundente que servía como chiste: a la gente que le gusta leer no le gusta Botero y a la gente que le gusta Botero no le gusta leer”.

Laguna Libros hizo parte de la Red de Editoriales Independientes Colombianas (Reic) desde que esta se creó en el marco de la Feria del Libro de Guadalajara, de la cual Colombia era invitado de honor. Como iban Random House Mondadori y Planeta (y Norma, que todavía existía) con su oferta editorial, los voceros de la editorial Ícono y del Taller de Edición Rocca se pronunciaron exigiendo su presencia en México.

En ese momento, la ministra de Cultura era Paula Marcela Zapata Moreno. El Ministerio invirtió 500 millones de pesos en la creación de la Reic y se agremiaron 28 proyectos que montaron un stand grande en la Feria de Guadalajara. Con dificultades, la Reic se ha mantenido con el tiempo.

“Ha habido mucho movimiento, unos se han retirado y otros han entrado. Algunos han sentido que la red acabó convirtiéndose en una especie de sindicato que usa la fuerza para asistir a ferias internacionales o conseguir cosas”, afirma la escritora Melba Escobar, que trabajaba en el Ministerio de Cultura durante su creación.

La Reic, cuenta Melba, se enmarca en la bibliodiversidad, “que va en contra de aglomerar las formas del pensamiento en tres o cuatro casas editoriales, porque es como cuando todos compramos en Ikea o comemos en McDonalds, te limita la forma de pensamiento”. El proyecto que arrancó en 2007 se constituyó legalmente en abril de 2008. Desde entonces su presidente es Luis Daniel Rocca Lynn, director de la editorial Taller de Edición Rocca.

Felipe González, exmiembro de la Reic, es un disidente radical de la propuesta. “Es una asociación que se formó para exigirle un apoyo al Estado, pero ese apoyo muchas veces

no está sustentado en contenidos. Buenísimo que el Estado invierta en libros, pero a eso hay que sumarle contenidos que sean pertinentes”.

Un proyecto editorial, afirma, debe tener en cuenta al lector, “pero desde la Reic se pone primero la palabra bibliodiversidad: todo libro tiene derecho a ser publicado y el Estado tiene el deber de financiarlo. Y no, es parte del negocio aprender que hay libros que uno se equivoca al publicarlos”, concluye González.

x

Mientras que el oficio del editor le ha traído a Luis Daniel Rocca un sinfín de satisfacciones morales, la dirección de la Reic, ejercicio paralelo a la edición, le ha traído varios desencantos. Según Rocca, de los 28 proyectos que se agremiaron al principio, hoy apenas 13 siguen afiliados a la Red.

Los socios han disminuido porque la Reic perdió el apoyo del Ministerio de Cultura y porque no hay un mercado dinámico para mantener la oferta editorial que ofrecen. También hay integrantes que se han ido porque no pagan el salario mínimo legal vigente que debe cancelarse durante los primeros tres meses de cada año, según lo establece el artículo trigésimosegundo de los estatutos de la Red de Editoriales Independientes Colombianas.

“Eso genera un desencanto. Sin embargo, también es provechoso poder conversar con un colega que tiene los mismos problemas que uno. Todos tienen gremios: los basureros, los recolectores de palma, los recicladores y los panaderos, ¿por qué no nosotros?”. Por eso es que la Reic existe y se mantiene. Este año están depurando la gente que no paga las cuotas y que no participa en las asambleas. Desde 2012 no tenían stand para participar en la Feria del Libro y este año han vuelto a estar presentes.



**Luis Daniel Rocca, director de la Red de Editoriales Independientes Colombianas.
Foto: Santiago Mesa**

“Mis colegas en Argentina no pueden ir porque un stand chiquito en la feria de allá vale 15 mil dólares. Acá vale 2 millones y medio de pesos (unos 800 dólares). Es chiquito, de 10 metros cuadrados, pero vamos a estar. ¿Por qué ir representando a la Reic? Hay un socio que tiene tres libros. No tiene cómo meterle 3 millones a la feria. Ese es el sentido de estar agremiados”, asegura.

Viendo que recuperó una plaza en la Feria, le solicitó apoyo al Ministerio de Cultura, “ya fuera poniendo su sello o dándonos algo de platica. Nos acusan de pedir limosna, que somos los basuriegos, los maquinales, pero es que mantener esto es complicado. Hay que pagar impuestos, arriendo y servicios.” La Reic prevalece por la solidaridad de algunos de sus integrantes.

Sería bueno, propone Rocca, que el mismo Ministerio abandere una discusión sobre las editoriales independientes: quiénes son, dónde están, qué publican, qué se lee, quién lo lee. “¿Significamos algo para el PIB?”, se pregunta Rocca. “A lo mejor sí significamos algo para el PIB, porque si empleamos gente algún impacto debemos generar”, se responde.

Según la Cámara Colombiana del Libro, durante 2014 el sector editorial generó 4.396 empleos en el país: 885 técnicos, 1.375 administrativos y 2.136 en el sector de ventas. Esos casi 4.400 empleos generados son el registro más bajo desde 2003, año en que se crearon 6.804 empleos en el sector editorial. Ese comportamiento se mantuvo estable

hasta 2006, cuando se generaron 6.799 empleos, y a partir de ahí comenzó un descenso que encontró su punto más bajo en 2014.

xi

Con todos sus problemas, la Reic se ha mantenido a flote. Para Melba Escobar, la Asociación Colombiana de Libreros Independientes (Acli), entidad análoga a la Reic para las librerías independientes, ha funcionado bastante mejor y los beneficios son semejantes para todos sus socios. La Acli está compuesta por librerías pequeñas, independientes, “sofisticadas”, como las bautizó David Roa, su director.

Antes de presidir la asociación, Roa era el encargado de la librería La Madriguera del Conejo, ubicada en la carrera 11 con calle 85, otro sitio de referencia de las independientes. A 2012, la librería tenía un año de funcionamiento y Roa debía pagar 5 millones de pesos mensuales de arrendamiento. Para que funcionara, confesó, debía vender 15 millones de pesos al mes, mínimo, para nómina, servicios, sistema de gestión y tienda virtual. Y los vendía, porque la librería se ha mantenido.

A las librerías independientes las aquejan, según Roa, dos grandes problemas. El primero es la competencia desleal de los distribuidores con las librerías, quienes, antes de atacarlos, tendrían que ser aliados estratégicos de los libreros. El segundo es la aparición de empresas logísticas: Google, Amazon y Apple, que comenzaron a competirles a las editoriales independientes.

Los libreros fueron los pioneros de la edición en Colombia hacia finales del Siglo XIX. Un buen ejemplo es el de Salvador Camacho Roldán, sociólogo, politólogo y economista casanareño, fundador de la Librería colombiana en 1882, que además era editorial que curaba los textos provenientes de Europa.

Para David Roa es un hecho que los fundadores del mundo editorial en Colombia son los libreros, y solo por eso tienen un derecho adquirido que nadie les reconoce. Luego llegaron los editores y, más recientemente, los distribuidores, que se convirtieron en intermediarios entre los editores y los libreros.

En la Feria del Libro de 2007, en pleno encuentro de libreros de toda Iberoamérica, estos expusieron los problemas y acordaron que el principal era la competencia desleal entre distribuidores y libreros. Los primeros comenzaron a saltarse el conducto regular y ofrecieron su contenido directamente a las instituciones (bibliotecas, universidades y centros educativos).

Además, les otorgaban las mismas condiciones económicas que a los libreros, quienes perdían la posibilidad de mostrar su oferta editorial a las instituciones y se quedaban rezagados, con sus librerías como único punto de venta. En la independencia nadie se salva: tanto libreros como editores pasan penurias por igual.

En el encuentro de libreros, Manuel Gil, un sicólogo español que ha trabajado más de 30 años en el mundo editorial, propuso una solución: ponerle un precio fijo al libro. Esa ley, inexistente en nuestro país, se ha instaurado en sitios como España, desde 1975, y en Argentina desde el 2002. Según Roa, por eso es que en esos países, además de Alemania y Francia, por poner ejemplos, hay niveles demográficos tan altos de librerías por habitante. “Va más allá –dice– del acervo cultural que hay en esos lugares”.

El segundo problema es más reciente y también se soluciona poniéndole precio fijo al libro: la competencia entre las empresas logísticas (Google, Apple, Amazon) y las librerías. “Estas empresas funcionan para quebrar la industria editorial: entran a un mercado no regulado y comienzan a vender los libros a pérdida. Pacifican el mercado hasta que nadie puede competir con ellos y establecen sus precios”, precisa Roa.

Si se fija el precio, el libro se tiene que vender a lo mismo en todos los puntos de venta según lo estimado por las editoriales. Eso, por una parte. Por otra, además de que hay una competencia leal en ese sentido, las plataformas digitales tendrían que vender al mismo precio que las plataformas físicas.

Las instituciones, asegura Roa, teniendo la oportunidad de escoger su proveedor, van a escoger seguramente al librero, que tiene su criterio como capital de trabajo. Mejor dicho, el librero tiene mayor y mejor oferta editorial que el distribuidor y tiene en cuenta la cualidad literaria de los libros que promociona, por eso presta un mejor servicio.

La Acli agremia 33 librerías en Colombia, ubicadas en Armenia, Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Cartagena, Ibagué, Manizales, Medellín, Popayán, Santa Marta, Villavicencio y Yopal. De las 33, 13 están en Bogotá, es decir, aproximadamente el 40% del total de librerías afiliadas a la Acli.

Según el informe más reciente de gestión de librerías de la Acli (2014), las que están asociadas generaron 86 empleos formales. Además, en ese periodo se realizaron seis ferias itinerantes de libreros independientes con el apoyo del Ministerio de Cultura (en Barranquilla, Caquetá, Ibagué, Popayán, Riohacha y Villavicencio), a las cuales asistieron 11.500 personas, que participaron de 85 actividades culturales organizadas por 17 librerías de todo el país.

En el informe destaca Arteletra, que organizó 15 actividades que registraron 450 asistentes durante el año. Babel, ubicada en el barrio La Soledad, realizó 30 eventos (talleres de lectura o ilustración), a los cuales fueron más de 800 personas. Casa Tomada arrasó, organizando 384 actividades culturales a las que acudieron más de 12.600 asistentes. La Madriguera del Conejo no se quedó atrás: hizo 90 encuentros, de los cuales participaron más de 2.200 asistentes.

Durante sus primeros dos meses de vigencia, hay que aplaudirle a Wilborada que con ocho actividades haya reunido a 200 personas. En otras ciudades, es admirable el trabajo de Ábaco (Cartagena), que agrupó a 1.020 asistentes en 34 eventos. Rabo de nube, en Popayán, acogió casi 1.200 asistentes en 25 encuentros. Por último, La Amanuense, en Santa Marta, reunió a más de 700 personas a lo largo de 28 actividades programadas.

xii

Antes de Roa, Adriana Laganis, encargada de la Librería Arteletra, presidía la Acli. Arteletra está ubicada en la carrera Séptima con calle 70, en pleno corazón financiero de la capital colombiana. Entre el restaurante Pecorino y un punto de atención de Avianca, un aviso gris contiene un palíndromo: Arteletra. Por la librería apenas se puede caminar y existe el riesgo inminente de derribar uno que otro libro. Estantes de ejemplares arrumados adornan el sitio, que tiene una oferta editorial exquisita.

Para Laganis, las librerías pequeñas son incapaces de competir con una superficie de cadena como Panamericana. También le resulta problemático que la oferta literaria esté tan centralizada en el país. “Ojalá yo tuviera sucursales de Arteletra en Sogamoso o en Tunja, ciudades intermedias en las que a lo mejor hay un punto de Panamericana o de la Librería Nacional pero no hay una librería independiente”.

Esa falta de librerías independientes en ciudades intermedias (en Cali hay dos, en Manizales hay una, en Santa Marta hay una y en Barranquilla, por ejemplo, no hay ninguna) se extrapola a más de la mitad del territorio nacional, donde, según un estudio de la Mesa de Competitividad del Ministerio de Cultura titulado ‘Cartografía de librerías en Colombia’, de mayo de 2015, no existe un solo punto de venta de libros.

Para Adriana es incómodo cuando un cliente pide la rebaja de un libro acudiendo al argumento de haberlo visto más barato en otra librería o por el hecho de ser estudiante universitario (descuento que ofrece la Librería Lerner). “La librería independiente no se puede dar el lujo de dar rebajas y tampoco puede comprar saldos para dejar los libros más baratos porque nuestra prioridad es tener una oferta editorial nutrida y extensa”, dice.

A Bogotá y a Colombia las rige una lógica centralista que se evidencia hasta en la oferta literaria. Felipe González, David Roa y Adriana Laganis concuerdan en que todas las librerías de la ciudad quedan entre la calle 106 y la calle 12 y de la carrera 30 hacia el oriente.

“Nadie se arriesga a poner una librería más allá de la carrera 30 hacia el occidente. Y ni pensar en una más hacia el sur. No existen. No las conozco. Y si existen que me las presenten”, comenta preocupado Roa. “Y no se trata de que la gente bonita de Rosales

colonice y abra librerías más al occidente y más al sur. La gente tiene que arriesgarse y abrir sus propias librerías”.

‘Cartografía de librerías en Colombia’ es el primer informe sobre los puntos de venta de libros en el país. El estudio estima que, incluyendo librerías religiosas, supermercados, misceláneas de barrio donde venden uno que otro libro y sucursales de la Librería Nacional y la Panamericana, en el país hay 604 puntos de venta de libros. Eso también habla de lo que leemos los colombianos.

Según Luis Daniel Rocca, lo que más se lee en Colombia “son libros religiosos y de autoayuda, seguidos por libros de Derecho. Después irían los libros de interés general, donde el ensayo ha cobrado importancia. Siguen la novela y los libros de historias de narcos y las tetas y los secuestrados. Luego están el cuento, la poesía y de último, el teatro”.

xiii

En la calle 71 con carrera 10, tres cuerdas abajo de Arteletra y unos pasos abajo del Teatro Nacional, está la librería Wilborada para darle la razón de nuevo a Felipe, a David y a quienes piensan que hay muchas librerías independientes concentradas en una pequeña porción de Bogotá. Wilborada 1047 nació en 2014 porque una mujer que había desempeñado altos cargos ejecutivos durante toda su vida laboral quiso darse un regalo para su jubilación.

El nombre de la librería no es un capricho. Wilborada 1047 es una historia que se remonta al Medioevo. En el año 926, en Saint Gallen (Suiza) se cumplió una pesadilla de la monja Wilborada, que tenía sueños premonitorios: los húngaros invadían la abadía de su pueblo. El abad evacuó a toda la gente de la abadía y mandó sacar los libros de la biblioteca. Le dijo a Wilborada que se fuera pero ella se quedó velando por la abadía y sus libros. Los invasores arrasaron con todo y le pegaron un hachazo en la cabeza.



Yolanda Áúza, dueña de Librería Wilborada 1047. Foto: Santiago Mesa

En 2014, Yolanda Áúza, expresidenta de Unisys Colombia, una multinacional de soporte tecnológico para empresas, emprende su proyecto de librería. Desconcertada por no saber qué nombre ponerle, se fija en la dirección de la casa que compró: calle 70 #10-47. Solo sabe que quiere un nombre que haga referencia a la Edad Media, su época de la historia favorita.

Como Wilborada, inspirada por una epifanía, busca en Google qué sucedió en 1047 y comprueba que es el año de canonización de Santa Wilborada, la primera mujer canonizada bajo el rito actual del Vaticano. El papa Clemente II la nombró patrona de bibliófilos y amantes de la lectura por su labor protectora con la biblioteca de la abadía.

Yolanda viaja a Saint Gallen para comprobar la historia de primera mano. Visita la abadía, que todavía existe y que tiene una biblioteca gigantesca. Pide el permiso para utilizar la imagen y el nombre y el 23 de octubre de 2014 inaugura Wilborada 1047, que abre a las 10:47 de la mañana en homenaje a la santa.

Wilborada es un espacio muy similar a Casa Tomada: una casa de ladrillos de tres pisos donde además venden tinto y se hacen actividades culturales. Aunque sutiles, hay diferencias entre ambas: en Wilborada no administran el café y no planean tantos eventos. Para algunos, Casa Tomada es más cálida que Wilborada. De resto no hay muchas diferencias. Inclusive, la oferta editorial es casi idéntica.



Librería Wilborada 1047. Foto: Santiago Mesa

Algo que podría diferenciarlas es el stock al que apuntan. Mientras que Aragón quisiera tener la biblioteca infinita de Borges, Alberto Gómez, librero de Wilborada desde el inicio del proyecto, le apunta a un stock de 15 mil títulos y ya van por los 13 mil. Hay libros de narrativa y ficción, divulgación científica, cómic e historia.



Alberto Gómez, librero de Wilborada. Foto: Santiago Mesa

Apoyan a las editoriales colombianas independientes de este siglo: tienen a Tragaluz, Animal Extinto, Destiempo, Jardín, Laguna Libros y El Peregrino, pero como las promueven podrían no hacerlo, porque el propósito del librero, dicen, debería encaminarse a mediar entre los intereses del público y la oferta de las editoriales. “Si le dijéramos que sí a todo, tanto a lo que piden los clientes como lo que ofrecen las editoriales, nos llenaríamos de libros basura”, precisa Gómez.

Quinta Camacho le sigue dando la razón a quienes claman que la oferta literaria debe expandirse hacia los barrios populares. A dos cuadras bajando desde Wilborada hacia la Autopista Norte está San Librario Libros, una de las librerías independientes de más recorrido e historia en Bogotá.

Cuatro amigos la fundaron en 1998 con el propósito de vender libros usados. Álvaro Castillo, una de las cabezas visibles del proyecto, es librero desde hace más de 25 años y, como Ana María, declinó de Literatura, pero del pregrado, para volcarse de lleno en el oficio de vendedor de libros.

Castillo Granada es un tipo de 46 años, calvo, barbado y de arete. Aunque es tímido y de respuestas escuetas, conoce una miríada de historias por la cantidad de libros que ha leído. Si tuviera que irse a una isla desierta, se llevaría *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien, *Auto de fe*, de Elías Canetti, *Del tiempo y del río*, de Thomas Wolfe, y la biografía del Che Guevara, de Paco Ignacio Taibo I.



Álvaro Castillo, librero de San Librario Libros. Foto: Santiago Mesa

Sus autores favoritos son Neruda, Cortázar, Paco Ignacio Taibo, Élmer Mendoza, Leonardo Padura y Tolkien. Se define como un lector de autores y obras completas: cuando se obsesiona con un escritor quiere conocer todo y coleccionar lo que más pueda. Aunque atesora algunas joyas con recelo, está consciente de que los libros van y vienen y si tiene que venderlos, los vende. No tiene reparos en conseguirles libros a los clientes, así sean best sellers, porque en eso consiste su trabajo.

Se embarcó como editor en dos proyectos: Ediciones San Librario, que publicó 50 libros de autores como Mario Riveros, Nicolás Suescún, Héctor Rojas Herazo, Federico Díaz-Granados, Rosa Lentini (española), Miguel Barnés, Roberto Fernández Retamar, Fina García y Antonio Rufas (cubanos), entre otros.

Después surgió Ediciones Isla de Libros, que ya ha publicado a 12 autores. Entre sus títulos están: *La imprecisa memoria* de la poeta Margarita Mejía, un libro de poemas de Emily Dickinson, *La reina sobrecogida* de Alberto Garrandés y *El animal intacto* de Enza García Arreaza. Varios títulos se han agotado y algunos han tenido segundas ediciones, como el caso de *Y yo que lo creía un farsante*, un libro de cuentos de Andrés Ospina, amigo íntimo de Castillo.

xv

Además de su libro de cuentos con Isla de Libros, Ospina tiene un camino recorrido con Laguna Libros, que le publicó *Ximénez*, la historia de un periodista bogotano de principios del siglo pasado que en ocasiones se inventaba las historias. El año pasado publicó *Chapinero*, una novela histórica que alterna la narración entre el presente en Bogotá y Cádiz (España) en el Siglo XVII.

Un día de 2012 Ospina está de visita en San Librario para mostrarle a Álvaro Castillo el único ejemplar de *Ximénez* existente en ese momento, que estuvo a punto de comercializarse con otra editorial. Afuera, con cajas llenas de libros, se están bajando de un carro Felipe González, de Laguna Libros, y Sergio Escobar, de la distribuidora La Diligencia, encargada de la divulgación y distribución de algunas editoriales independientes colombianas.

Andrés los conoció y le echó flores a Felipe por su trabajo con Laguna y aprovechó para comentarle sobre *Ximénez*. El proyecto a Felipe le sonó y una semana después llamó a Andrés para decirle que estaba interesado. “Fue una suerte que sucediera de esa forma, porque de otra, el libro hubiera quedado muerto”, afirma el autor bogotano.

Aunque Ospina escribe desde los cuatro años, el reconocimiento le llegó tarde, en 2010, cuando estaba por la mitad de sus 30. Su camino previo a ser publicado fue arduo y complicado. Envío textos periodísticos a El Malpensante y Soho. También envió sus manuscritos a Santillana, que era parte de Alfaguara, a Planeta y a lo que en ese momento era Random House Mondadori.

Ingenuo, escribía en un blog en Internet en el que publicaba textos suyos y de sus amigos. Esperaba que por un milagro las casas editoriales lo descubrieran, como había sucedido con los grandes autores que admiraba. Luego entendió que, al menos para él, la autogestión era el camino.

Esa experiencia de tocar puertas, enviar manuscritos y recibir rechazos le dejó varias enseñanzas. Entre ellas, aprendió las tres instancias de rechazo existentes para los autores emergentes. La más simple es un escueto acuso de recibido. La otra es que el comité editorial comunique si decidió publicar la obra o no. La tercera, la más diplomática, es una respuesta negativa acompañada de una justificación: no podemos publicar su manuscrito por equis motivo.

Deivis Cortés vivió los mismos rechazos que Ospina y otros tantos escritores nóveles que quieren darse a conocer. Graduado de cine de la Universidad Nacional, este bogotano ha estado inmerso en el mundo narrativo desde el colegio, donde dibujaba cómics alentado por sus compañeros. El protagonista de su historia era un superhéroe que tenía una pierna biónica, inspirado en un compañero cojo.

Era una manera de sobrevivir al ambiente hostil que se vivía en un colegio público, técnico y de hombres. Antes de sentirse ofendido, su amigo cojo lo exhortaba a seguir dibujando las aventuras del superhéroe de la pierna biónica, que peleaba contra Pelañosa, un villano que lanzaba bolardos.

Cinéfilo consumado, optó por la literatura “porque la escritura no cuesta nada, en cambio hacer cine es muy caro, y en últimas, el vehículo, la narrativa, seguía siendo el mismo”. Estuvo en dos talleres de Idartes, de cuento y de novela. El primero lo dicta el escritor Carlos Castillo y el segundo Pedro Badrán.

Durante el taller de novela que tomó en 2013 tuvo la oportunidad de conocer a Sebastián Estrada, de la (todavía) editorial Random House Mondadori, y a Esteban Hincapié de Babilonia, que publicó Opio en las nubes de Rafael Chaparro Madiedo. Badrán conocía el trabajo de su alumno y lo remitió a los editores, quienes le dijeron que llamara al día siguiente.

Estrada nunca contestó y la llamada a Hincapié se convirtió en un calvario que duró año y medio. Finalmente se encontraron. Hincapié le recibió el manuscrito de un libro de cuentos titulado ‘Blinker’. Le dijo que tendría respuesta tres meses después. Era agosto de 2013. Pasó septiembre. Pasó octubre. Pasó noviembre. Pero no llegaba la retroalimentación de su manuscrito, solo un aviso de aplazamiento hasta febrero de 2014.

Por fin volvieron a encontrarse. El manuscrito tenía algunas anotaciones, pero Hincapié le pidió 15 días más para organizar el contrato y hacerle unas correcciones adicionales al texto. Le prometió, además, que el libro estaría publicado para marzo de 2015, y que utilizaría todo 2014 para posicionar su nombre en seminarios de literatura, revistas y el ‘círculo literario’.

Esteban siguió con los aplazamientos. No cumplía las citas pactadas, quedaban de verse en el centro y Deivis debía esperarlo una, dos horas, y a veces nunca llegaba. Ante la situación, Cortés decidió enviarle el manuscrito a otras editoriales. Lo mandó a todas: a Laguna Libros, Rey+Naranja, Luna Libros, Destiempo, Tragaluz, etcétera. También a Taller de Edición Rocca, el único lugar que le respondió con negativas.

Eso sirvió para meterle presión a Esteban, que comenzó a apurarse con la publicación del libro. El contrato se firmó el 10 de octubre de 2014. Concertaron, además, que harían un fanzine con el cuento que le da título al libro, 'Blinker', para repartir de manera gratuita en librerías, universidades y escuelas de cine. Pero adivinen: el fanzine nunca se publicó. Deivis dejó de presionar y esperó al vencimiento del contrato: 10 de abril de 2015. Una vez recuperó sus derechos, comenzó a mover el libro por su cuenta.

xvi

No todos los escritores sufren tanto para que los publiquen. Ricardo Silva se enganchó en el mundo editorial en 1999 y desde entonces no ha pasado un momento en el que no tenga casa editorial. Con libros publicados en Seix Barral, Panamericana, Alfaguara y Tragaluz, Silva es un ejemplo de que un trabajo disciplinado y una trama bien concebida bastan para ser reconocido por las editoriales, sin importar de qué tipo sean.

Su primer libro de cuentos, *Sobre la tela de una araña*, fue publicado en 1999 en Arango editores, una editorial itinerante que ha tenido picos importantes pero que por momentos no repunta. Arango ha tenido en su catálogo a Luis Fayad, Óscar Collazos y Mario Mendoza, autores colombianos de renombre. También editó a Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Truman Capote.

Además, ha editado obras de Darío Fo, escritor y dramaturgo italiano que se ganó el Nobel de Literatura en 1997. Mejor dicho, ha tenido gran olfato editorial, pero no ha podido despegar del todo. Cuando publicaron a Silva, estaban buscando gente joven para una colección de nueva narrativa colombiana.

El libro no pasó desapercibido. El poeta Darío Jaramillo lo reseñó en la revista Cambio. Asimismo, El Tiempo dedicó un espacio para comentarlo y Luis Fernando Afanador, quien años después escribiría sobre *Memoria por correspondencia*, lo reseñó en la revista Semana. En abril de 1999 la primera edición del libro costaba 19 mil pesos. Quince años después de su lanzamiento, los cuentos de Silva, editados por Alfaguara, no se consiguen por menos de 32 mil pesos.

Como Silva logró cierta acogida con su libro de cuentos, llevó su primera novela, *Relato de navidad en la gran vía*, a las grandes editoriales. En la novela, Pablo Uribe toma el carro de la familia Silva Romero, idéntico al suyo. Cuando va a dejarlo a la casa de los dueños escribe una novela que Ricardo Silva completa. Incluirse en la trama tuvo que

ver con su tesis del pregrado de Literatura, que fue sobre Paul Auster, quien de forma constante se autorreferencia en sus historias.



Ricardo Silva, escritor. Foto: Camilo Rozo

Silva llevó su manuscrito a Santillana, es decir Alfaguara, Seix Barral en representación de Planeta y La otra orilla, que era Norma. Pilar Reyes dirigía Alfaguara y lo alentó a trabajarle a la novela. La editorial lo leyó durante el 2000. En Planeta también se fijaron en su trabajo. Después de un año de incertidumbre con Alfaguara se enfrentó a una difícil decisión: escoger entre las dos casas editoriales con las que siempre quiso publicar.

Se decantó por Seix Barral (Planeta), donde le pagaban tres veces mejor, pero luego regresó a Alfaguara, donde conocería a la mejor editora con la que ha trabajado: Carolina López, quien es hoy su esposa. Se siente tan privilegiado que aunque ya no trabaje con ella (trabajaron juntos hasta 2012, cuando salió *El libro de la envidia*), a veces le parece que está haciendo trampa teniéndola en casa.

Una vez consagrado, en 2012 decide publicar con Tragaluz, una independiente de Medellín. Conoció a la directora del proyecto, Pilar Gutiérrez, quien le dijo que se inventara un cuento. Ricardo tenía en mente la historia del primer día de colegio de un niño contada a partir del alfabeto, de donde sale *Que no me miren*.

Aunque puede seguir publicando con las grandes, las editoriales independientes son una oportunidad para publicar un experimento como ese, un libro ilustrado para niños que los grandes también pueden disfrutar. “Sea en una editorial grande o en una emergente, el trabajo en últimas se reduce al trabajo con el editor. Y si el editor es bueno vale la pena publicar en ambos lados”, afirma.

xvii

Otra que se ha movido entre las independientes y las grandes casas editoriales ha sido Melba Escobar, quien publicó *Johnny y el mar*, un libro infantil, con Tragaluz. Es la historia de un niño de ocho años que conoce el mar. A Melba no le gustan las etiquetas: *Johnny y el mar* es para grandes y chicos.

Elizabeth Builes ilustró *Johnny y el mar* después de ganarse el concurso que hacía la editorial. Había 270 ilustradores y a Builes, entonces ilustradora científica del Jardín Botánico de la Universidad de Antioquia, la vida le dio un vuelco por cuenta de ese concurso. Declinó de trabajar en la universidad y hoy ilustra por cantidades para editoriales fuera y dentro del país.

Abrir una convocatoria para definir quién ilustra un libro es el tipo de licencias y virtudes que Melba aprecia en las editoriales independientes. “Es democrático. Le dice a la gente: ¿quiere ilustrar o publicar con nosotros? Envíe su trabajo”, afirma Escobar, quien ha trabajado en editoriales grandes como lectora de textos que la gente envía con la intención de publicar, muchas veces sin éxito. En esas es imposible abrir concurso porque llegan muchos manuscritos que generalmente se arruman en una bodega.

Lo que pase más allá del libro es la interpretación que le da la crítica, que si *Johnny y el mar* es literatura infantil o que si *La casa de la belleza*, su novela más reciente con Emecé (Planeta), es novela negra, se le sale de las manos. Cuando escribió *Johnny y el mar* tenía clara una cosa: era un libro que le interesaría más a un Tragaluz, una editorial emergente, más artesanal, preocupada por el libro como objeto, que a una casa editorial gigantesca como Planeta o Penguin Random House.

La historia de Melba en la ficción se remonta al 2010. Antes ya había publicado un libro de crónicas con Ícono Editores y tenía un amplio recorrido en medios. Pero *Duermevela*, que narra cómo Irene, recién entrada en la adultez, busca su lugar en el mundo, caló en un catálogo de autores jóvenes, como en el que debutó Ricardo Silva.

En ese catálogo estaban Marta Orrantia, Fernando Gómez Echeverri y Jaime Andrés Bernal. Era una apuesta por autores marginales, licencia que se puede permitir Planeta, dice Melba, pues lo que no venden ellos lo compensan los bestsellers: Jorge Franco, Héctor Abad o Mario Mendoza.

Duermevela agotó su primera edición de 500 ejemplares hace poco pero se demoró cinco años para lograrlo. Johnny y el mar, en cambio, agotó mil ejemplares en un año y la segunda edición ya circula. “Eso tiene que ver con el target. Los librereros promocionan la obra como un libro para niños que ya leen solos pero no alcanzan a leer sagas tipo Harry Potter. Además, Norma salió del mercado junto con su colección de narrativa y libros infantiles, por eso hay que cubrir ese vacío”, afirma la autora.

Melba lee y escribe porque fue lo que la salvó del tedio del colegio y fue la única excusa que encontró para vivir. Perdió kínder tres veces y no le iba bien estudiando. Nacida en Cali, se graduó en un validadero en Bogotá a los 20 años. Ahora, con una hija, cuatro libros publicados y un camino trazado en los medios colombianos, Melba es un referente de las mujeres escritoras en el país.

En su columna Club de armas, publicada en El Espectador en septiembre del año pasado, Melba expuso el marcado sexismo en el terreno literario: “Cuando me han invitado a una feria o a un festival, me he hecho la pregunta de si seré una cuota de género. A los hombres nos queda más complicado’, me dijo un amigo, sugiriendo que por ser mujeres la tenemos más fácil, pues siempre tenemos ‘la cuota’”. El sexismo entre pares literarios, concluye, descalifica al otro (o a la otra) intelectualmente.

Su novela más vendida, *La casa de la belleza*, es un relato sórdido de lo que pasa al interior de la élite colombiana y sus salones de belleza. Iba a ser una crónica, pero cuando iba por las 30 páginas decidió continuar. Y acertó, porque ya va por los 1.300 ejemplares vendidos y su editor, Marcel Ventura, le dijo que las cifras digitales de ventas van por buen camino.

El libro digital no la desvela: quiere que sus libros pesen, huelan y sean materia. Tampoco está de acuerdo con la autopublicación. “Para algo existen las editoriales, para dar una bandera, una antorcha, una credibilidad.” Siente que la falta de librerías hacia al sur y al occidente responde a que no hay demanda en esos sitios. “Si no la hay es porque la gente no cree que leer puede ser placentero, porque el sistema educativo es árido y obtuso.”

“¿A quién se le ocurre -se pregunta- poner a leer *La vorágine* en cuarto de primaria? Es como vacunar a la gente contra la lectura, no tiene ni pies ni cabeza”. El problema para ella reside en la educación: nadie le ha apostado en serio y prueba de ello es que somos uno de los países en el mundo con los peores resultados en las pruebas Pisa, algo que le resulta inverosímil. “La gente con plata va a colegios privados donde los profesores les muestran a los estudiantes el lado placentero de la lectura.”

Lectora asidua, se opone totalmente a la promoción de la lectura, porque por lo general a la gente la exhortan a hacer cosas dolorosas y aburridas: el examen del cáncer de seno, la vacuna del niño, la lectura. “No hay que leer nada. Debería ser algo que nace de forma

natural y orgánica, como el gusto por la comida chatarra, el deporte y la televisión, cosas que uno no está obligado a hacer pero que disfruta”.

Melba frecuenta San Librario, donde ha vendido y comprado muchos libros. También va a Prólogo, a la Lerner y a La Madriguera del Conejo, que atiende Édgar Blanco, exsocio de David Roa. Además de ser librero, Blanco dirige junto a su esposa Animal extinto, una editorial emergente que cuenta hasta el momento con tres títulos. Aunque tres sean muy pocos, Édgar también busca, por medio de la editorial y la librería, emprender una carrera contra la finitud y dejar su huella en el tiempo.

xviii

La Madriguera del Conejo es un primer piso pequeño, con cajas y escaleras y estantes y libros dispersos que, lejos de desentonar, le dan su encanto al lugar. Casi nadie se fijó en las transformaciones que tuvo la librería durante los últimos tres meses de 2015: en octubre, todos los libros de la vitrina principal fueron rojos, hasta el día de Halloween, cuando los cambiaron por libros de portada negra. Durante noviembre esos libros eran amarillos y en diciembre pasaron a ser blancos.



Librería La Madriguera del Conejo. Foto: Santiago Mesa

Esta librería, al igual que el resto de independientes, carece de un potente músculo financiero, por lo que se tiene que valer de las técnicas de mercadeo que ya existen. Y han surtido efecto. Nuevos clientes comenzaron a frecuentar el lugar a partir de la estrategia. “No tenemos plata para poner pantallas gigantes que hagan publicidad de libros, entonces nos valemos de técnicas de publicidad existentes como unificar el color de los libros de la vitrina”, comenta Édgar.

Aunque Casa Tomada es amplia y tiene zona verde y La Madriguera del Conejo es angosta y está rodeada de edificios, a ambos lugares los unen varios detalles: venden casi los mismos libros al mes (poco más de mil), tienen una cantidad de libros similar, se nutren de la misma oferta editorial y atraviesan la misma dificultad: los robos y las bandas de ladrones.

Hay círculos de ladrones que saben cómo robar a las independientes y a qué parte del centro llevar los libros robados. Se roban los de Foucault, los de Platón, los de Deleuze y los de Richard Sennett, es decir, los que solicitan en los pregrados de Filosofía y en las facultades de Ciencias Humanas. Un libro, por ejemplo *Capitalismo y esquizofrenia*, que vale 100 pesos en la independiente, costará 10 pesos en los agácheses y librerías de segunda del centro.



Édgar Blanco, librero de La Madriguera del Conejo. Foto: Santiago Mesa

Para Édgar, parte del problema reside en los programas de fomento de lectura del libro en Colombia. Libro al viento, por ejemplo, es un programa de Idartes que ha publicado y distribuido más de 50 títulos completamente gratis. Eso genera un perjuicio para el librero, dice Blanco, porque le hace pensar a la gente que el libro no vale nada. Si el plato fuerte es que en el país no se reconoce el oficio del librero, el postre es que tampoco le damos al libro la importancia que merece.

Para una industria editorial en crisis, Édgar tiene una hipótesis: si todos los bogotanos compraran un libro al año el mercado se dinamizaría. No habría excusas, dice, porque un libro muy costoso, que cueste digamos 120 mil pesos, equivaldría a 10 mil pesos mensuales.

Entre los dos puntos de venta de La Madriguera del Conejo –abrieron uno en Chapinero el año pasado- hay 23 mil libros distribuidos en 10 mil títulos, es decir, el doble de la aspiración de Blanco: 5 mil títulos compondrían su stock ideal. No puede darse el lujo, sin embargo, de empezar a suprimir títulos de buenas a primeras, porque si llega alguien preguntando por un libro que no tiene eso implica por lo general que ese cliente se pierde.

xix

“Solo hay que leer las primeras dos líneas para saberlo. *Los colores primarios*, de Alexander Theroux, es una obra maestra, un delirio, un libro que debería estar en una urna o en un marco y tener la reverencia de todos los que tengan la fortuna de leerlo, ¿qué es?”. Así comienza la columna en El Tiempo de Fernando Gómez Echeverri, compañero de catálogo de Melba, sobre *Los colores primarios*.

Y termina: “Yo compré el mío en La Madriguera del Conejo. Y no voy a prestárselo a nadie”. Esa última frase ocasionó que el teléfono de La Madriguera colapsara durante dos semanas seguidas a punta de llamadas de personas que querían *Los colores primarios*, que ya se había agotado en Colombia.

“Es un caso muy particular, porque el libro no tiene los criterios de un bestseller: el autor es casi desconocido y La bestia equilátera es una editorial emergente argentina. Con todo y eso el libro se agotó”, comenta Édgar, entre satisfecho y sorprendido. Roa, Édgar y en general las independientes también jugaron un papel fundamental en el éxito de *Memoria por correspondencia*.

Hace poco más de dos años, Édgar toma la decisión irrefrenable de fundar Animal extinto. La razón: Jacobo Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo, mejor conocido como Jacobo Siruela, hijo de la Duquesa de Alba y director de la editorial Atalanta, fue a visitar La Madriguera del Conejo una vez terminó el Hay Festival de 2014.

La sorpresa del aristócrata fue grata al encontrar todos los libros de su colección prácticamente a la entrada de la librería. Acordaron una cita para ir a comer con David Roa y ese fue el espaldarazo definitivo para que Édgar y su compañera, Lucía, fundaran la editorial.

Tartamudo, el primer título de la editorial, es parecido al libro de arte, una mezcla entre fotografía, ensayo y ficción, y ha vendido 250 ejemplares. *Tierra y tiempo* es un libro de cuentos del uruguayo Juan José Morosoli, uruguayo de la primera mitad del siglo XX. El

último título de la colección es *El desierto de los payasos*, un cuento ilustrado de René Segura, que cantaba en Odio a Botero. Ambos libros han vendido alrededor de 100 ejemplares y se sacaron 500 copias de cada uno.

xx

Al comenzar esta investigación me planteaba, un poco ingenuo, que el cierre de la línea narrativa de la Editorial Norma había sido central en la “consolidación del gremio literario independiente” en Bogotá, que se compone de librerías, escritores, editores, correctores de estilo y todos aquellos involucrados en la cadena del libro.

Luego me di cuenta que no: si bien la caída de Norma fue importante, esta sucedió en 2011, y desde 2005 ya habían surgido varios proyectos editoriales independientes como Laguna Libros, Rey+Naranja y Taller de Edición Rocca. Al respecto, la respuesta de Felipe es contundente: “A mí me preguntan mucho si lo de Norma impulsó a las independientes. No, me parece que lo fundamental es que la técnica simplificó todo. Para ser editor solo basta tener un computador y una impresora”.

Los principales cambios económicos, uno de los objetivos que propuse rastrear, fueron la incursión del libro digital y las coediciones. Si bien las coediciones no son algo nuevo, sí han sido una herramienta fundamental para las independientes. Inclusive el trabajo conjunto entre eLibros, editorial digital, y Laguna Libros, permite entrever cómo lo digital y la coedición se articulan para lograr que, por un lado, eLibros extienda su catálogo y, por otro, Laguna esté presente en un formato diferente al físico.

En algunos momentos del reportaje establecí analogía entre la situación colombiana y la argentina y la española, primero porque son lugares que de alguna manera tienen una industria editorial próspera y porque la información se consigue actualizada. Las cifras más recientes de la Cámara Peruana del Libro, por ejemplo, datan del 2011. También hay que tener en cuenta que a pesar de que Argentina tiene casi 42 millones de habitantes son países con una cifra de habitantes similar.

Aunque se evidencia que Colombia se queda corta en la producción de títulos (Argentina casi dobla la producción nacional y España la quintuplica), parece que nuestro país se puso las pilas con el libro digital. Mientras que en Argentina el 18% del total de los títulos sale en e-book, en Colombia y España esa cifra oscila entre el 22% y el 23%.

Otro de los objetivos era indagar las razones por las que unas editoriales independientes incursionaron en unos géneros y otras rescataron otros. De nuevo es relevante Laguna Libros, que ha rescatado ciencia ficción porque entre sus lineamientos están el componente de memoria y el urbano. Los integrantes de Robot,

en cambio, le apostaron a un género acorde al espíritu de la editorial. En otras palabras, simplemente les gusta y se arriesgan, aunque muchas veces no dé réditos.

Me había planteado también un objetivo respecto de las librerías independientes: evidenciar cómo se posicionaban frente a las librerías de cadena. Encontré que las primeras han intentado distanciarse de las segundas, consciente o inconscientemente, conformando un catálogo criterioso y convirtiéndose en auténticos centros culturales.

Blanco considera que la independencia es solo un rótulo pero que casi todas las librerías en el país son independientes: “Todas las librerías en Colombia son independientes menos la Panamericana. Si el dueño de la Librería Nacional quisiera vender solo el libro de Juan Manuel Santos podría hacerlo, porque nadie está obligándolo”.

Sin embargo, más allá de estar condicionadas o no, hay unas librerías en Bogotá y el país con ciertas características (no tienen un gran presupuesto, programan eventos culturales, son acogedoras y su catálogo es sofisticado) que se han agremiado mediante la Asociación Colombiana de Libreros Independientes (Acli) y, bajo el concepto de bibliodiversidad, le han apuntado a ampliar la oferta literaria en el país.

El mismo propósito de las editoriales independientes, que además han intentado consolidarse con publicaciones motivadas por la satisfacción moral antes que la satisfacción comercial. Por medio de la Acli y de la Reic (Red de Editoriales Independientes Colombianas) ambas comunidades lograron agremiarse y a punta de ensayo y error se han mantenido a través del tiempo.

La apuesta de Blanco respecto a su labor como librero y editor es la siguiente: asegura que La Madriguera del Conejo puede dejar una huella importante en la historia de las librerías de la ciudad. “¿Te acuerdas de la Librería Continental? ¿Enviado Especial? ¿La Caja de Herramientas? Son unas cositas de nada, pero importantes dentro de esa microhistoria de las librerías en Bogotá.

“Todo esto –continúa- es como una carrera contra la finitud. Si hacemos las cosas bien con la editorial de pronto después se pueda hacer un catálogo que deje un hallazgo interesante para alguien. Que alguien diga “qué nota, me encontré esto de una editorial que existió en algún momento”.

Son proyectos artesanales, de amigos, de parejas, que surgen del gusto por publicar y por vender libros que tengan una calidad literaria significativa. Algunos editores y libreros lograron que sus trabajos se convirtieran en su sustento. Todos los libreros que entrevisté coinciden en que su situación financiera es apretada.

Algunos editores no han contado con la fortuna y el éxito de Laguna Libros, entonces han sacado a flote su proyecto gracias a otros trabajos que les generan ingresos extra.

Todos, libreros y editores, sin excepción, quieren dejar su huella en el tiempo. Porque en últimas, como sugiere Blanco, la que emprendieron es una carrera contra la finitud.